

CAPÍTULO 46

Palabras clandestinas: el motivo del café en los *Juegos de la edad tardía* de Luis Landero

JORGE GONZÁLEZ JURADO
Universidad de Cádiz

INTRODUCCIÓN

Todos hemos estado en una situación que por incómoda se nos escapa de la lengua y nos obliga a mentir para asumir una derrota. Decimos un *sí* con voz débil cuando nos vemos abocados al fracaso y alguien nos hace una pregunta cuya negativa nunca creería. ¿Para qué negar, si la conclusión de la otra persona va a ser distinta? ¿Por qué dar explicaciones cuando las consecuencias de lo ya dicho son irrevocables? Sin remedio, el ser humano se alimenta de la mentira para hacer más misterioso un mundo incomprensible. Así lo descubre el triste protagonista de la novela que vamos a analizar: «acabó por no entender nada sino que el mundo era algo terriblemente misterioso, por más que el hombre lo intentase aliviar enmascarándolo con líneas, números y palabras»¹.

Juegos de la edad tardía constituye todo un hito en la literatura española de finales del siglo xx. Un antes y un después, sin duda, que mereció el Premio Nacional de Narrativa y de la Crítica y que situó a su autor, el extremeño Luis Landero, en la cumbre de las letras. Era su primera novela y llevaba veinte años concebida, aunque su redacción, en una prosa de deliciosa armonía donde caben las imágenes poéticas tanto como el monólogo interno y los diálogos más dispartados, se dilató en el tiempo hasta que el escritor ya había cumplido los

¹ Luis Landero, *Juegos de la edad tardía*, Barcelona, Maxi Tusquets, 2007, pág. 52.

cuarenta. De entonces a esta parte, Landero ha configurado una estética que los críticos llaman *del fracaso*, pues todos sus personajes tienen ese deje melancólico de quien tuvo grandes sueños y nunca los alcanzó. Y lo ha hecho en joyas narrativas como *Caballeros de fortuna*, *El mágico aprendiz* o *Absolución*, su más reciente novela. En parte, todos los personajes posteriores a Gregorio Olías tendrán ese rasgo particular que los hace tristes y adorables.

Gregorio Olías es un oficinista de cuarenta y seis años que ha dejado atrás a un adolescente con ganas de comerse el mundo, de ser poeta, ingeniero, viajero, políglota y seductor. Un día conoce a Gil, un viajante de aceitunas y vinos que trabaja en la misma empresa que él y se dedica a tramitar los pedidos por teléfono, y en mitad de sus conversaciones telefónicas, divagaciones aparte, este hombre misterioso que también quiso ser un triunfador rescata, a base de preguntas indiscretas, a Augusto Faroni, el personaje en quien Gregorio quería haberse convertido. Las mentiras son cada vez mayores y llega un momento en que Gil quiere conocer al poeta Faroni. Pero para entonces todo se habrá complicado hasta tal punto que varias vidas estarán en juego.

En toda esta relación de mentiras y sucesos extraordinarios, tiene una enorme importancia el tema del café. El lugar donde la elite intelectual de la época —la ciudad en los años de la posguerra española— se reúne para discutir sobre los asuntos más trascendentes, se convierte en el hilo conductor de la relación telefónica entre Gregorio y Gil. En todas sus conversaciones surgirá el café, cada vez de una manera, y será este motivo el que, para la estructura de la novela, decida el destino de ambos personajes.

Nuestro propósito con estas palabras es el de desentrañar los mecanismos que guían la arquitectura de la novela, comprender una parte de sus cimientos para estudiar las variantes que presenta a lo largo de las travesuras o embustes del protagonista y encontrar así una explicación al hecho de que el café como lugar de reunión clandestina se convierta en un *leitmotiv* con doble función: por un lado, la construcción del personaje novelesco, y por otro lado, la evolución de la trama.

El café será, pues, objeto de nuestro análisis. Partimos de la división entre dos caras de la misma moneda: el café es en la realidad el Hispano Exprés, donde diferentes tertulianos desarrollan sus pareceres sobre temas trascendentes, y en la ficción de Gregorio, el Café de los Ensayistas cuya tertulia de los sábados está regentada por el mismísimo Faroni. La conversión de un lugar real en uno ficticio es paralela a la resurrección del álter ego de Gregorio Olías. Por tanto, puede afirmarse de entrada que el café como motivo literario sirve al mismo tiempo para definir el carácter de Gregorio Olías-Agusto Faroni y para desarrollar la trama. Es la excusa perfecta para que un falso triunfador ejerza su impostura. La mentira, tema central de la novela, se desenvolverá en este ambiente con la delicadeza de las manos del maestro que con sus dientes de oro ofrece las explicaciones imprescindibles a los problemas de la vida.

1. EL CAFÉ: UN *LEITMOTIV* DE ENGAÑOS Y EXCENTRICIDADES

La novela arranca con un despertar a destiempo: «La mañana del 4 de octubre, Gregorio Olías se levantó más temprano de lo habitual»². Sobre esa fecha, mientras el protagonista se acicala y se mira al espejo, el narrador echa la vista atrás y reconstruye su pasado desde que a edad muy temprana llegó a la gran ciudad, procedente de un pueblo de provincias, para encontrarse con el tío Félix y descubrir un mundo nuevo. Después de esta larga introducción —que constituye completa la primera parte— en la que se ofrece una detallada descripción de los vaivenes a los que el destino lleva al niño que fue Gregorio, al adolescente soñador en que se convirtió gracias al descubrimiento del afán y por último a una madurez agridulce, ajena al arte y con su esposa y su suegra como única compañía, la primera chispa prende en el capítulo VII, bien entrada la lectura pero recién inaugurada la relación telefónica entre Gregorio y Gil, un comerciante de la empresa en provincias que añora sus años de juventud en la ciudad. Entre pedido y pedido, Gil hace unas preguntas extrañísimas que Gregorio se limita a responder sin inmiscuirse en los problemas de su nuevo amigo, pero poco a poco la información, debido a los desánimos constantes de Gil, se torna en mentiras piadosas que conducen a la reconstrucción ficticia de los recuerdos de Gil.

El primer *leitmotiv* donde empieza a complicarse la trama aparece con una pregunta sencilla: Gil quiere saber si todavía sigue abierto ese café que había en la ciudad, adonde iba la elite intelectual para compartir sus ideas en torno a un maestro. Gregorio recuerda —miente— haber oído hablar de ese café, que tenía un cuadro con un faro de mar y unos sillones rojos que en la actualidad son verdes, y donde tenía lugar una famosa tertulia. Sí, es el mismo café: el Hispano Exprés. Gil evoca, con su voz nasal de siempre, aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el café y se quedaron un rato mirando desde la cristalera: «Era como un club. Y había otros [...] que no se atrevían a entrar ni a espiar. Entrar les parecía demasiado, y espiar muy poco, así que se paseaban por la acera como si todo aquello no fuese con ellos. A los que espiábamos nos miraban con lástima, y a los que entraban con envidia, o por lo menos eso me parecía a mí»³.

La *evocación de una realidad* llamada Hispano Exprés, donde efectivamente se desarrolla una tertulia cada sábado, y las respuestas caritativas de Gregorio hacen a Gil presuponer que su amigo le oculta información, y que esa información no es otra que su participación en la tertulia. Ante la euforia con que Gil imagina tales maravillas, Gregorio no puede sino admitir que sí, que es poeta y que alguna vez ha pasado por ese café, donde lo conocen como Faroni. Empieza la creación de una identidad paralela que es producto de sus sueños de juventud: Augusto Faroni es el seudónimo inventado por un amigo de su infancia para que firmara sus poemas con un nombre más artístico que el suyo, y es la viva imagen de

² Luis Landero, ob. cit. pág. 31.

³ Luis Landero, ob. cit. pág. 138.

quien Gregorio Olías quiso ser desde que descubrió el afán. Fascinado al hablar con un poeta de reconocido prestigio, Gil le pide que a cada llamada lo informe de las novedades de la ciudad, de las noticias del mundo: «Yo lo que quiero, señor Faroni, es, si puede ser, que me cuente cosas de los cafés y de los grandes hombres»⁴. Ninguno de los dos sabe que van a meterse en un buen lío, uno por sacar información falsa, el otro por dejarse llevar por la lástima.

La evocación de esa realidad conduce, a través de las conversaciones telefónicas y las mentiras de Gregorio —inspiradas, desde luego, en su propia realidad—, al desarrollo de este *leitmotiv* en forma de *reinención*. Gregorio reelabora, con los sueños incumplidos, un boceto de una vida ejemplar, la de un triunfador que asiste a las tertulias y al que siguen multitud de fieles. Todo esto por complacer a su amigo, que se lamenta de no haber sido un gran hombre. Por complacer a Gil, Gregorio reconstruye el Café de los Ensayistas sobre el local del Hispano Exprés, y en su palabra el seno de la tertulia se convierte en un conjunto de debates sobre filosofía, poesía, política y otras cosas dignas de los grandes hombres.

Recordemos que estamos en la posguerra, en una ciudad que probablemente sea Madrid, y que el café bien puede parecerse al que retrata Cela en su novela inmortal: igual que «para doña Rosa, el mundo es su café, y alrededor de su café, todo lo demás»⁵, el café será la excusa de que todas las conversaciones mantenidas a partir de ahora entre Gregorio y Gil desemboquen en una serie de lecciones magistrales sobre poesía dictadas desde la mentira caritativa de un oficinista gris. En resumen, entre la caridad de Gregorio y el ambiente de la época, el café pasa de ser un simple lugar donde se reúne la gente a convertirse en foco emisor de las grandes ideas del hombre.

Es por eso que el Café de los Ensayistas —segunda variante del *leitmotiv*— cobra apariencia, a los ojos del ingenuo Gil, de sede de discusiones políticas. Recuperado de la memoria por uno y actualizado con las mentiras del otro, el café es el lugar donde Augusto Faroni ejerce de maestro, donde expone sus pensamientos y da lectura a sus versos, donde confluyen personajes reales como Marilín (que es la acompañante del verdadero maestro de la tertulia y Faroni convierte en su novia) y personajes ficticios como Santos Merlín (el filósofo del diente de oro) o Mark Spermann (un científico de reconocimiento mundial).

Así pues, mentira tras mentira, Faroni ejerce su magisterio sobre su último discípulo, su compañero de teléfono, a quien da el sobrenombre de Dacio Gil Monroy y a quien anima a exponer sus propios pensamientos. Como ha descubierto que ya no puede volver sobre sus pasos, Gregorio decide seguir adelante con la farsa y anota en una libreta todos aquellos rasgos que han de definir la personalidad de Faroni, como quien esboza las características de un personaje de novela. Anota, por ejemplo, sus ideas políticas, a las que recurre en una de sus conversaciones:

⁴ Luis Landero, ob. cit., pág. 145.

⁵ Camilo José Cela, *La colmena*, Madrid, Cátedra, 1995, pág. 45.

—¿Es usted un... revolucionario? —susurró.

Gregorio consultó la libreta. Por allí debían de andar esbozadas sus ideas políticas.

—Digamos, para ser discretos, que creo en la fraternidad universal —leyó⁶.

Al mismo tiempo, ya no solo para Gil, sino para su propia estima, Gregorio ha desenterrado sus sueños de juventud, ha comprado una indumentaria apropiada para el poeta e ingeniero en quien se convierte cada lunes y jueves, ha osado asistir como espectador a la tertulia del sábado y ha rescatado del armario una caja de zapatos donde una vez guardó todos sus poemas de adolescente, descubriendo las grandes aspiraciones del joven soñador que fue y que había olvidado como un pasado del que avergonzarse. Y entonces tiene lugar el arrepentimiento más doloroso: «“Dios mío”, se dijo, pensando en el adolescente, “¿qué ha sido de ti?, ¿qué he hecho contigo?”»⁷. Por tanto, la resurrección de Faroni implica una bocanada de aire fresco para Gregorio, que retoma su carrera de escritor veinticinco años después. Dos motivos, el de Faroni y el del café, que despiertan el interés de Gil y que forman parte a su vez de una pantomima.

Pero llega un momento en que dicha pantomima se tambalea por un acontecimiento inesperado: Gil decide volver a la ciudad. Es en este momento cuando comprendemos, al abrirse la tercera parte de la novela, que Gregorio Olías ha madrugado el 4 de octubre para emprender la huida porque está a punto de ser descubierto. Instalado en una pensión, estudia la manera de hacer que, por un lado, Angelina confíe en su escondrijo porque le ha confesado pertenecer al Partido Comunista, y por otro lado, Gil abandone la ciudad sin visitar el café. Mentira sobre mentira, el plan de Gregorio es la creación de una farsa que renueva otra e implica cada vez a más personas inocentes. Lo hago por caridad, se había dicho en más de una ocasión, y sin embargo la caridad lo llevó a cometer las mayores atrocidades que proyectan las palabras. La chispa ha prendido demasiado y echa a arder bajo sus pies.

Así llegamos a la tercera variante del *leitmotiv* del café: la *enmienda de la realidad inventada*. Es el punto culminante de la narración, el clímax preparado con enorme ingenio por Landero capítulo a capítulo, engaño a engaño, hasta límites ridículamente estremecedores. En esta trama urdida por su falta de confianza en sí mismo, Gregorio mete a su esposa Angelina, que le lleva ropa limpia y dinero a un parque en el que cambian novedades sobre el caso (pues ella está avisada de la visita próxima de un policía que se hará llamar Dacio Gil Monroy, que irá en busca de Faroni y que vestirá como él). Mete también a Antón Requejo, un caballero al que conoce en una taberna y al que hace pasarse por miembro de la policía secreta para dar un escarmiento a Gil en la puerta del café. Mete a un camarero del Hispano Exprés para que salga a advertir al recién llegado Gil de que debe abandonar la ciudad porque la policía ha descubierto las intenciones del

⁶ Luis Landero, ob. cit., pág. 177.

⁷ Luis Landero, ob. cit., pág. 190.

Partido y ha cambiado el nombre del establecimiento. Y mete, sin merecerlo, a los miembros de la tertulia, que en su mentira forman parte del Partido y habrán de disolverse, unos muertos, otros presos y otros exiliados por algún lugar del mundo. El plan consiste en desmontar el tinglado y hacer ver a Gil que por su culpa, por haber venido a la ciudad, el Partido ha tenido que disolverse en el aire.

Esta enmienda de la realidad inventada tiene lugar a toda prisa para evitar, por todos los medios, que Gil descubra la verdad. El lugar idílico que soñó de pequeño se ha convertido en un peligro que puede conducirlo a la muerte o a la cárcel. Y aunque Gil ha dejado de ser un cobarde y pretende dar la vida por la causa del Partido, todo se vuelve contra él gracias al empeño de Gregorio. Sin embargo, cabe decir que, acelerando los acontecimientos desde que se abrió la tercera parte de la novela, el *leitmotiv* del café funciona como motor de una trama que, pese a todas las mentiras, resulta completamente verosímil. La mentira hecha verdad mediante la palabra y la inocencia. Gregorio es, en el fondo, un excelente narrador y Gil un narratario que acepta, bajo palabra de honor, sus confesiones como quien oye la historia más extraordinaria jamás contada.

Conseguido su objetivo principal, que era el de impedir que su amigo descubriera el pastel, Gregorio decide regresar a su vida real. Pero un accidente inesperado lo obliga a huir definitivamente de la ciudad. El motivo del café ya es historia: ahora hay que sobrevivir de verdad. O eso ha pensado Gregorio al ver precipitarse los acontecimientos.

En síntesis, hemos visto que la palabra crea lo mismo que puede destruir. Gregorio inicia una serie de embustes con el único objetivo de satisfacer las expectativas de Gil, y sin embargo se ve envuelto cada vez en mentiras más graves, hasta el punto de creerlas él mismo y vivir como si fuese el doble inventado, el triunfador Augusto Faroni. La evocación de una realidad, el café Hispano Exprés, en mitad de la gestación de una mentira, provoca la reinención de esa misma realidad en forma de Café de los Ensayistas y, llegado el momento crítico, la enmienda de esa realidad creada. Con todas sus consecuencias y desastres.

2. CONCLUSIÓN: LA MENTIRA CREADORA

A modo de conclusión, podemos advertir que el motivo del café, lugar de encuentro clandestino donde se discute acerca de las verdades del hombre, la filosofía, la literatura, las artes y la política, no es solo el germen de un personaje de ficción, ni tampoco únicamente el reflejo de una realidad —la de los cafés clandestinos de la posguerra española—, sino que es, además, el núcleo de una verdad creada mediante la mentira. Su rastro se deja ver en casi todos los capítulos de una u otra manera, bien mencionado en las conversaciones telefónicas o en la cena con Angelina, bien descrito en las visitas, cada vez más frecuentes, de Gregorio-Faroni a la tertulia. Aunque el hilo argumental esté gobernado por los sueños de juventud que el oficinista gris Gregorio Olías desentierra a raíz de las preguntas de su interlocutor telefónico, nadie podrá negar que el café

subyace a todas sus mentiras, porque es el punto a partir del cual emergen todas las variantes de la farsa.

Con este *leitmotiv*, Luis Landero construye una excelente novela donde hay espacio para todo, desde la risa y el llanto hasta las mayores excentricidades que imaginarse pueda, y que configuran el imaginario de un personaje quijotesco transmutado en su propia imaginación como un triunfador. Una trepidante historia de amor a los engaños y de odio por la excesiva sinceridad que las circunstancias, o el azar, ponen en nuestro camino.

BIBLIOGRAFÍA

CELA, C. J., *La colmena*, Madrid, Cátedra, 1995.

LANDERO, L., *Juegos de la edad tardía*, Barcelona, Maxi Tusquets, 2007.

